

Roma y el paisaje (desaparecido) del Tíber

María Margarita Segarra Lagunes

Dipartimento di Architettura – Università degli Studi Roma Tre

Pocas ciudades en el mundo han logrado consolidar, a través de los siglos, una unión tan sólida y duradera como Roma supo hacerlo con el Tíber. Una unión que certificó un pacto de colaboración y beneficios y convirtió a Roma en una de las ciudades más potentes de todos los tiempos. La incontable iconografía existente testimonia esa alianza. Sin embargo, las huellas de esa relación han hoy desaparecido del paisaje urbano: una intervención radical, llevada a cabo a finales del siglo XIX, decretó la irreversible separación de la ciudad del río. El Tíber de nuestros días ha sido condenado a transitar entre dos imponentes murallas, que le impiden cualquier posibilidad de diálogo con la ciudad. Y si es verdad que esa intervención significó eliminar definitivamente el peligro de las continuas inundaciones, también es cierto que aniquiló todas las actividades que sustentaban esa relación.

El Tíber fue, durante muchos siglos, la vía a través de la cual cualquier tipo de mercancía alcanzaba Roma: alimentos, leña, materiales de construcción, productos importados de países y regiones, cercanos o lejanos. El comercio fluvial constituía, en efecto, el factor económico fundamental para el adecuado abastecimiento de la ciudad y era, por ello, prioritario en las políticas del Imperio y, más tarde, de la Cámara Apostólica, el órgano encargado de la administración de los bienes pontificios. Las actividades de compraventa se desarrollaban, ya en la época republicana, en el *Portus Tiberinus*, el más antiguo lugar de desembarco. Más tarde, con la expansión de Roma y de sus relaciones comerciales con las provincias del Imperio, de España hasta el Medio Oriente pasando por Grecia y África, el puerto se amplió, cubriendo, con inmensas estructuras de almacenamiento y un enorme muelle, la llanura de Testaccio.

Del otro lado de la ciudad, en las cercanías de la puerta del Popolo, se hicieron arreglos, ya desde comienzos del siglo XVII, de la zona de descarga de las mercancías que llegaban del alto Lazio, de Umbria y de Toscana; pero es a partir de 1703, con la realización de la monumental escalinata de Ripetta, proyectada por Alessandro Specchi, que el área asume una importancia determinante en la caracterización de esta porción de Roma: marineros, cargadores, empleados de la Cámara Apostólica, aduaneros, inspectores eran algunas de las figuras encargadas de desempeñar las operaciones de carga y distribución de los productos. Pero eran también los actores que animaban el puerto con frenética actividad, documentada por la iconografía pictórica de todos los tiempos, que describe, con todo detalle, una realidad urbana hoy completamente desaparecida, a la que se sumaban las actividades que aprovechando los beneficios de la corriente fluvial fueron conformando un microcosmos productivo constituido por talleres, molinos (de trigo, de sal, de colores), fábricas, aserraderos, lavaderos, estanques para la cría de peces, además de las

estructuras destinadas al esparcimiento y a las fiestas, como las cabinas balnearias, las regatas, las fiestas pirotécnicas y los incontables jardines, huertos, terrazas, loggias que hacia el río se prolongaban.

Este universo tan complejo desaparece a partir de 1870, cuando en Roma, que se ha convertido en la capital de Italia, se decide dar inicio a la construcción de los terraplenes que la protegerán en lo sucesivo de los aluviones. La demolición de los frentes de las casas que se asomaban hacia el río, la regularización de su cauce, que causó enormes heridas en el tejido urbano, pero sobre todo la eliminación de todas las actividades productivas que se llevaban a cabo en su lecho, determinó esa ausencia de vida que hoy caracteriza el Tíber en el tramo urbano. Sin embargo es suficiente bajar al nivel de las aguas, para darse cuenta de que, a pesar de todo, el río sigue siendo un formidable patrimonio ambiental y paisajístico.

Con la esperanza de que, tarde o temprano, se emprenda una operación, comparable con las efectuadas en otras capitales europeas, enfocada a reactivar esa relación interrumpida entre la ciudad y el río, el rescate de la memoria urbana, de ese patrimonio inmaterial que es la historia, es por ahora la única medida que puede devolver al río su significado profundo permitiéndole recobrar el papel fundamental que desempeñó en todos los siglos de su historia.